

*Catherine Walsh*

Editora

# ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

RETOS DESDE Y SOBRE LA REGIÓN ANDINA



**UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR**  
Ecuador



**ABYA  
YALA**

Quito, 2003



**ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS**  
**Retos desde y sobre la región andina**

*Catherine Walsh*  
**Editora**

Primera edición:  
Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala  
Quito, septiembre 2003  
Diseño gráfico, armado e impresión: Ediciones Abya-Yala  
Cubierta: Raúl Yépez  
ISBN: 9978-19-050-3  
ISBN: 9978-22-328-2

Los aportes publicados en este libro, son de responsabilidad de sus autores

# CONTENIDO

## INTRODUCCIÓN

¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?

Los desafíos y predicamentos disciplinares, políticos y éticos de los estudios (inter)culturales *desde* América andina

*Catherine Walsh* | 11

## I. ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS: PERSPECTIVAS CRÍTICAS

1. Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales  
*Walter D. Mignolo* | 31
2. Apogeo y decadencia de la teoría tradicional.  
Una visión desde los intersticios  
*Santiago Castro-Gómez* | 59
3. Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder: crítica de la idea de ‘estudios culturales latinoamericanos’ y propuestas para la visibilización de un campo más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido  
*Daniel Mato* | 73

4. Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policiaca (o, colonialidad del poder y el futuro de los estudios culturales en América Latina)  
*Oscar Guardiola-Rivera* | 113

## II. (DES)IDENTIFICACIONES DISCIPLINARIAS Y LUCHAS DEL CONOCIMIENTO

1. Para una genealogía de la descolonización intelectual en los Andes  
*Zulma Palermo* | 131
2. Literatura, subjetividad y estudios culturales  
*Mabel Moraña* | 147
3. La literatura: entre el acontecimiento discursivo y la gesta real  
*Alicia Ortega* | 153
4. La disciplina histórica en Latinoamérica. Una lectura con los estudios culturales  
*Alberto G. Flórez-Malagón* | 159
5. Academia, lengua y nación: prácticas, luchas y políticas del conocimiento. Para una genealogía del campo académico en Colombia, 1853-1910  
*María del Pilar Melgarejo Acosta* | 171
6. Génesis de la lucha disciplinaria: pugna por el control de una nueva nación colombiana, 1910-1950  
*Sandra Lucía Castañeda Medina* | 189

## III. (POS)MODERNISMOS, SUBALTERNIDAD Y VISIONES HISTÓRICAS

1. Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas  
*Alfonso Torres Carrillo* | 197
2. Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley  
*Guillermo Bustos* | 215

3. Familiares ocultos del discurso posmoderno sobre la cultura: utopía colonial y nostalgia fascista  
*Valeria Coronel* | 243
4. Las nuevas aventuras de la vanguardia en América Latina: modernismo, mímica poscolonial y el mobiliario de Beatriz González  
*Víctor Manuel Rodríguez* | 267

#### **IV. TECNOLOGÍAS Y PRODUCCIONES DEL CONOCIMIENTO**

1. La tecnicidad en búsqueda de los datos duros: estudios culturales y economías pedagógicas  
*Regina Harrison* | 291
2. Descolonizar las tecnologías del conocimiento: video y epistemología indígena  
*Freya Schiwy* | 303
3. La investigación de campo en los estudios culturales. Presuposiciones, fundamentos, amplitud y validez a partir de una etnografía en los Andes ecuatorianos  
*Miguel Huarcaya* | 315

### III

# (POS)MODERNISMOS, SUBALTERNIDAD Y VISIONES HISTÓRICAS

# PASADOS HEGEMÓNICOS, MEMORIAS COLECTIVAS E HISTORIAS SUBALTERNAS

*Alfonso Torres Carrillo\**

En un primer momento quiero aclarar que el lugar desde el cual enuncio esta ponencia no es el campo de los estudios culturales; mi experiencia y formación se sitúan en otros territorios: una práctica social, la educación popular y otro campo disciplinar, la historia. Sin embargo, las preocupaciones y tensiones suscitadas en torno a la iniciativa de construir una ‘historia desde abajo’ son comunes a por lo menos dos asuntos de los que se han ocupado los estudios culturales: por un lado, las relaciones entre poder y conocimiento; por el otro, asumir la cultura no como un tema de conocimiento, sino un lugar desde el cual abordar los procesos, los objetos y los sujetos de conocimiento.

En tal sentido, quiero someter a discusión en este encuentro algunas reflexiones sobre los desafíos teóricos, políticos y metodológicos que plantea una particular modalidad de producción de conocimiento sobre el pasado que, articulada a movimientos sociales, busca potenciar la memoria colectiva, la identidad y la conciencia histórica de los sectores subalternos: la ‘autodenominada’ reconstrucción colectiva de la historia. A par-

\* Historiador; candidato a doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinador del Posgrado en Teorías, Métodos y Técnicas de Investigación de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, Bogotá.

tir de señalar los nexos y tensiones entre historia, memoria e identidad y de esbozar algunas limitaciones y problemas propios de diferentes intentos de hacer historias ‘desde abajo’, la ponencia se centrará en torno a los presupuestos, características, alcances y limitaciones de nuestra propia experiencia en este campo emergente.

## 1. EL PASADO COMO ARENA DE CONFLICTO

*Los grupos sociales procuran las soluciones que su idea de historia les sugiere para las dificultades del presente [...] Pocas modalidades del saber desempeñan un papel tan definido en la reproducción o transformación del sistema establecido de relaciones sociales como la historia.*

Carlos Pereyra

No resulta nada novedoso señalar los vínculos entre historia, poder e identidad; diversos autores se han ocupado del asunto y han puesto en evidencia que uno de los elementos decisivos en la estructuración de las sociedades, de las formas de dominación, de los movimientos sociales y de las identidades colectivas ha sido la producción y control del pasado (Florescano, 1998; De Certeau, 1993; Torres, 1993).

Por ello, la historia y la memoria social han sido y siguen siendo un campo de lucha entre quienes detentan y se disputan el dominio y orientación de la sociedad. Desde los sectores hegemónicos, se construyen versiones del pasado coherentes para la legitimación y perpetuar su dominación y sus proyectos; a su vez las fuerzas políticas y sociales que se les oponen, que les disputan el poder o buscan generar otras alternativas, también procuran producir lecturas del pasado acordes con sus luchas, proyectos y utopías.

Pero, más allá de querer imponer sus propias versiones del pasado, lo que está en juego es el control sobre la memoria social, dado que desde ella se estructuran las identidades sociales, se legitiman, impugnan y redefinen las relaciones de poder que atraviesan el cuerpo social y se definen los



campos de lo posible-las visiones de futuro. Dado que la construcción del pasado es fuente de cohesión, identidad social y proyección histórica, las luchas que se dan entre las diferentes versiones de la historia de alguna manera expresan y contribuyen a alimentar las batallas entre los diversos actores sociales por imponer, inventar, defender o recrear su identidad.

Desde los sectores dominantes, no solo inventan identidades, comunidades imaginarias a nivel nacional, regional o global (Anderson, 1997), sino también asignan identidades subordinadas, como la de paganos, indios o ‘minorías’ (Giménez, 1997). Pero desde los sectores subalternos, resisten a las identidades asignadas por el poder, luchan por un reconocimiento (como sujetos que éste les niega) y reinventan tradiciones, identidades e identificaciones colectivas en torno a sus experiencias y a las luchas sociales que protagonizan.

De este modo, la producción de memoria y de identidad es constitutiva de las luchas sociales y políticas contemporáneas; el interés por el pasado tanto para dominadores como para dominados se mantiene vigente. En América Latina, sectores excluidos o invisibles para el conjunto de la sociedad, como las mujeres, los indígenas, los negros y los jóvenes, y que con sus luchas se constituyen como sujetos históricos, también procuran “llenar con palabras sus silencios y recuperar sus historias como procesos de búsqueda de reconocimiento” (Vásquez, en Gnecco y Zambrano, 2000: 327).

## LA DISCIPLINA HISTÓRICA COMO MEMORIA DEL PODER

Aunque el oficio de historiar ha sido una práctica muy antigua, la historia como disciplina de conocimiento es un producto moderno; nació en el siglo XIX con la pretensión positivista e ideológica de reconstruir ‘objetivamente’ el pasado de los nacientes estados nacionales (Wallerstein, 1996: 19), tanto en los países centrales como en los periféricos. Así, los historiadores pasaron de justificar monarquías e imperios para luego justificar una invención moderna –los estados nacionales–, proyectando en el pasado una unidad histórica imaginada en el presente.

Esta construcción imaginada de identidad histórica se presentó a sí misma como una reconstrucción fidedigna del pasado y a sus cultores como unos notarios ‘imparciales’ de dicho pasado; su objetividad se justificaba en el uso de archivos, documentos y otras fuentes producidas por el mismo poder, y en la aplicación de tecnologías como la crítica interna y externa de las fuentes escritas.

De este modo en las historias oficiales, no solo quedaban excluidos otros sectores sociales e identidades culturales diferentes a la ‘nacional’ como los campesinos, los pobres urbanos, las mujeres, los jóvenes, los indios y los negros; también quedaban demeritadas otras fuentes de saber y de comunicación sobre el pasado colectivo, como la literatura, la tradición oral y las memorias populares, por considerarlas como acientíficas, como ‘no históricas’.

Desde sus orígenes decimonónicos y a lo largo de buena parte del siglo XX, la disciplina histórica produjo los pasados que necesitó el estado y la modernidad capitalista, los poderes coloniales, las elites nacionales y transnacionales para legitimarse y afianzar su dominación. Pero la producción de estas historias oficiales se ha logrado no solo a través de la exaltación del protagonismo y de la visión de las elites hegemónicas; también ha requerido una deliberada política de ‘olvido’: de la extirpación o acomodamiento de la presencia histórica de los subalternos, así como del sometimiento de su memoria, negándoseles su carácter de sujetos históricos.

Los sectores subalternos o no aparecen (lo popular negado), o cuando lo hacen son individuos o colectivos sin rostro ni voz propia (lo popular representado); en los acontecimientos donde es indudable su presencia son presentados como masa informe, como muchedumbre asociada a la turba y el tumulto. En el mejor de los casos, los sujetos de las clases subalternas son representados como parte del paisaje, como personajes pintorescos sin identidad, telón de fondo de la actuación de héroes y caudillos.

Las historias nacionales o ‘patrias’, más que producción de conocimiento sobre el pasado, han sido verdaderas genealogías justificadoras del poder y tecnologías de control de la memoria colectiva (Fontana, 1982). Su ámbito trascendió las publicaciones historiográficas para convertirse en memoria hegemónica de la sociedad a través de los textos escolares, de las fiestas patrias, de los museos y de la monumentaria y toponimia públicas. De este modo, la disciplina histórica, así se haya renovado teórica y metodológicamente, en buena medida no ha dejado de ser una memoria del poder; inclusive, como lo veremos en el numeral 2, muchos intentos por hacer historias ‘críticas’, alternativa o ‘desde abajo’ no siempre han logrado superar los límites de los paradigmas y modelos historiográficos dominantes.

## LA MEMORIA COLECTIVA

El saber sobre el pasado no es patrimonio exclusivo de la disciplina histórica; forma parte de otras prácticas culturales como la literatura, el cine, el teatro, las artes plásticas, los medios masivos de comunicación y la tradición oral. La historia, al igual que las otras ciencias sociales, por el hecho de tener el mundo social por objeto y de pretender una representación veraz del mismo, debe competir con otros campos de producción simbólica y, en general, con todos los agentes sociales que buscan imponer su visión del pasado y la memoria social.

Y es que todos los colectivos sociales poseen un conjunto de estrategias, prácticas y dispositivos para actualizar su experiencia histórica preterita según las exigencias del presente; a partir de una dialéctica de recuerdo y olvido, los pueblos construyen sus propias narrativas y representaciones del pasado que les permiten dar coherencia a su devenir colectivo, a la vez que alimentan sus sentidos de pertenencia y organizan sus saberes, creencias y prácticas. A este proceso de construcción de sentido histórico y de identidad colectiva es lo que llamamos memoria(s) social(es).

Los individuos y los pueblos han acudido al pasado

para exorcizar el fluir corrosivo del tiempo sobre las creaciones humanas; para fundar solidaridades fundadas en orígenes comunes; para demarcar la posesión de sus territorios; para afirmar identidades construidas por tradiciones remotas o recientes; para respaldar reivindicaciones del presente; para darle sustento a sus iniciativas y proyectos disparados al futuro (Florescano, 1997: 10).

Desde representaciones y narrativas del pasado propio y ajeno, los sectores subalternos interactúan, impugnan, y negocian con las historias que el poder les pretende imponer. Así como la historia hegemónica se construye desde 'fuentes autorizadas' y tiene sus mecanismos de divulgación oficiales, la memoria colectiva se alimenta y pervive en las tradiciones orales, lúdicas y estéticas, en los rituales colectivos, en los recuerdos individuales, en los archivos de baúl, en el territorio, en los objetos, en las fotografías y en el propio cuerpo; se activa y actualiza en las bregas de la vida cotidiana, como en las luchas y movimientos sociales.

Al igual que la disciplina histórica, las memorias colectivas no son entidades homogéneas ni son un reflejo 'verdadero' del pasado sino una producción de saber selectiva, creativa y constructiva de realidad, y un práctica social y política plural y conflictiva. Puede ser un bastión de re-

sistencia frente al poder, pero también un escenario propicio para su colonización y subordinación. Dado que la memoria social alimenta los sentidos de pertenencia de los subalternos, así como su visión de su presente y de su futuro y sus nexos con el conjunto social, su control ha sido una preocupación tanto de las elites dominantes, como de los movimientos y actores que pretenden impulsar sus proyectos de sociedad alternativos.

Reconocido este carácter construido y constructivo del pasado por parte de la historia y la memoria, se nos plantea el problema sobre qué posibilidad existe de construir un conocimiento histórico alternativo que fortalezca la memoria, la identidad y capacidad de acción de los subalternos.

## 2. DE LA HISTORIA POPULAR A LA (RE)CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DE MEMORIA

*La historia popular no es o no debería ser una sencilla cuestión de cambio de temática, sino más bien una manera diferente de examinar el conjunto de la sociedad.*

Raphael Samuel

Así como la historiografía académica ha sido funcional al poder dominante, desde el campo de las luchas, organizaciones y movimientos sociales se han hecho diferentes intentos de construir historias alternativas a las hegemónicas. Ante el reconocimiento del carácter elitista y excluyente de las historias oficiales que naturalizan el devenir histórico como un proceso lineal ineludible y justifican el orden presente, desde los orígenes mismos de la historiografía moderna se han generado diferentes intentos de producir historias disidentes ('críticas', 'populares', 'desde abajo').

Historiadores como J. R. Green, A. L. Morton y Jules Michelet, en el siglo XIX y comienzos del XX, quienes escribieron historias de los campesinos sobre el pueblo, la mujer y otros sujetos subalternos; dichas historias 'alternativas' buscaban de un modo u otro, ensanchar las bases sociales del protagonismo histórico en oposición a la historia acontecimental y elitista (Samuel, 1984).

## HISTORIAS ALTERNATIVAS ATADAS A LA HISTORIA HEGEMÓNICA

No es mi interés hacer un balance de la amplia trayectoria de producción historiográfica mundial sobre los sectores populares o ‘gente del común’ en la expresión de Hobsbawm, tarea ya desarrollada por otros autores (Hobsbawm, 1983 y 1998; Samuel, 1964; Sharpe, 1994). Me centraré en analizar los límites de algunos intentos hechos desde América Latina por convertir la historia en una herramienta emancipadora, los cuales casi nunca han logrado superar los presupuestos epistemológicos, políticos y metodológicos de la lógica historiográfica dominante.

Es bajo esta lógica que ha producido versiones lineales, románticas y homogeneizantes del pasado popular, historias heroicas de personajes que protagonizaron acontecimientos o procesos de resistencia, insumisión y rebeldía en los diferentes períodos de las historias nacionales. De esta manera, en Colombia circularon historias en las que se reivindica a indígenas que resistieron a la conquista o que se levantaron contra las autoridades coloniales, a héroes de origen popular que participaron de la Independencia, a caudillos que participaron en las contiendas partidistas del siglo XIX o encabezaron rebeliones e insurrecciones durante la vida republicana y a personajes que encarnan las luchas políticas y sociales contemporáneas.

Pese a las intenciones alternativas con la que fueron hechas, en los casos señalados no se rompe con la lógica de la historia dominante; continúan orientadas por una concepción positivista del conocimiento (afán por escribir la ‘verdadera historia’) y una postura ilustrada, liberal, elitista, heroica, voluntarista, lineal y teleológica del acontecer histórico, atrapado de los marcos y periodizaciones de la historia nacional. Son versiones ‘en negativo’ de las historias patrias, que reafirman las representaciones dominantes de historicidad y de comprensión del cambio social y su protagonismo. Además con un agravante: buena parte de los personajes heroicos que pretenden resaltar fueron vencidos cuando no asesinados o cooptados por el poder, dejando un efecto cultural totalmente contrario al que pretendían producir.

Con la irrupción de la nueva historia<sup>1</sup> en el mundo académico de nuestros países, algunos intelectuales simpatizantes o comprometidos con las vigorosas luchas y movimientos populares que agitaron el continente entre las décadas del 70 y el 80, creyeron escribir ahora sí la historias ver-

dadera de cada país y de dichos movimientos sociales. En su pretensión de superar la historia política acontecimental y bajo influencia de teorías económicas, sociales y culturales estructuralistas, se priorizó el estudio de los grandes sistemas y procesos económicos, sociales y culturales que transcurren en la larga duración.

Desplazados los héroes y grandes personajes individuales del acontecer histórico, pasaron a ser las invisibles fuerzas estructurales las protagonistas del devenir histórico; la nueva historia paso a ser el análisis de unas estructuras sin sujeto, donde predominan las continuidades sobre las rupturas históricas, lo macrosocial sobre lo micro, las determinaciones objetivas sobre lo subjetivo. En consecuencia, los sectores populares, sus cotidianidad, sus luchas y conflictos continuaron ausentes; los excluidos de la historia patria ahora aparecen diluidos como factores de producción, como mano de obra, como dato estadístico.

Desde las perspectivas históricas que se pretendían alternativas, fue común producir cartillas o materiales sencillos que divulgaban esta historia más ‘científica’ y ‘objetiva’, coherente con las concepciones teóricas e ideológicas predominantes en la izquierda y los movimientos sociales clásicos. La atención se centró en determinar los factores y las contradicciones centrales que daban identidad a cada período (¿feudalismo, sociedad estamental, antiguo régimen?), sí como a caracterizar en términos económicos, culturales y demográficos a los grandes estamentos, estratos o clases sociales.

Simultáneamente, historiadores y otros intelectuales orgánicos a los movimientos sociales se propusieron rescatar el pasado de tales luchas y conflictos, en el marco de los referentes interpretativos aportados por la nueva historia, en particular del marxismo. Así, por lo menos en Colombia, se produjeron historias sobre el movimiento obrero, indígena, negro y campesino; los actores y sus luchas se ven como entidades homogéneas que ocurren en un tiempo lineal y progresivo; si bien es cierto que esta historiografía social comprometida constituye una mirada más amplia que las historias heroicas populares, también continuaron atadas a la lógica historiográfica dominante: la nueva historia no abandonó la pretensión de objetividad e imparcialidad, ni la concepción teleológica del devenir histórico.

Esta estrategia de colaboración entre movimientos e intelectuales ‘amigos’ de sus causas ha sido común en América Latina; sin embargo, a nivel teórico y metodológico, las intenciones políticas emancipadoras no

necesariamente implicaron una superación de los paradigmas tradicionales; la lógica de producción del pasado es la de la disciplina histórica que, más allá de los compromisos ideológicos, ‘ordena’, subordina, la memoria al discurso historiográfico oficial y sus marcos espaciales nacionales, a su tiempo lineal y a su sentido teleológico.

Estas historias de los movimientos sociales los presentan como unidades homogéneas determinadas por los contextos objetivos; a nivel metodológico privilegian las expresiones visibles de la organización y lucha social (huelgas, protestas, marchas, tomas), asumen a sus protagonistas como unidades homogéneas, esencialidades sin fisuras, cuya acción está determinada por el contexto económico y social; las fuentes privilegiadas continuaron siendo las escritas; además de las estatales se acudió a los archivos y documentos institucionales de las organizaciones y las memorias de sus dirigentes.

## HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN COLECTIVA DEL SABER HISTÓRICO

Desde mi experiencia como educador e historiador he padecido y reconocido las limitaciones epistemológicas y políticas de las historias románticas, heroicas, estructuralistas y movimientistas de los ‘vencidos’ que terminan reproduciendo la lógica de la disciplina histórica ‘burguesa’; a su vez, desde el acompañamiento investigativo y pedagógico a diversas organizaciones y movimientos populares, desde la ONG Dimensión Educativa hemos intentado generar desde hace más de una década una propuesta metodológica que hemos denominado primero como ‘recuperación de la memoria colectiva’<sup>2</sup> y más recientemente como ‘(re)construcción colectiva de la historia’ (en adelante RCH).

Esta propuesta investigativo-pedagógica surgida en los márgenes del mundo académico pretende reivindicar a los sectores subalternos no solo como sujetos históricos sino también como sujetos de conocimiento histórico; es decir, pretende recuperar procesos, experiencias y acontecimientos significativos para las organizaciones y movimientos sociales contemporáneos involucrando a sus propios protagonistas en su reconstrucción e interpretación y socialización. Democratizar no solo los contenidos y protagonistas de la historia social, sino las condiciones de su producción.

En otros escritos hemos presentado a profundidad los presupuestos epistemológicos y políticos, así como las características de la RCH

(Cendales, Peresson y Torres, 1990; Torres, 1994). En el contexto de este encuentro, en la presente ponencia me interesa señalar las fuentes de las cuales se ha alimentado la propuesta, presentar algunas de las estrategias y tácticas metodológicas que empleamos y, finalmente, destacar las implicaciones y consecuencias epistemológicas, culturales y políticas que hemos reconocido.

Las corrientes disciplinares, de pensamiento y culturales de las que hemos bebido y refrescado nuestras prácticas son (el orden no representa importancia ni secuencialidad temporal):

1. La educación popular.
2. La corriente latinoamericana de investigación participativa, en particular los aportes de Orlando Fals Borda.
3. La historia ‘desde abajo’, en particular la tradición historiográfica marxista inglesa.
4. Los estudios y discusiones contemporáneos sobre culturas e identidades populares.
5. El reconocimiento de las estrategias y mecanismos culturales propios de los grupos subalternos para alimentar su memoria colectiva.

El locus inicial en el cual fue surgiendo la RCH fue la educación popular; a lo largo de la década de los 80 mi generación, influida por la Revolución Sandinista y la radicalización de movimientos sociales latinoamericanos, acogimos con entusiasmo esta propuesta pedagógica cuyos orígenes están asociados a la influencia de la obra de Paulo Freire. La educación popular, a partir de la crítica al orden social y del papel integrador de la educación tradicional e identificada con la necesidad de transformación social, se propone contribuir a que los sectores populares se convirtieran en sujeto histórico de dicho cambio, a partir de su concientización y uso de metodologías dialógicas, activas y participativas.

Luego de un período fundacional de muchas experiencias en alfabetización, educación de adultos, educación campesina e indígena, algunos de sus impulsores empezaron a reconocer la densidad histórica y cultural de los sujetos educativos y, por tanto, la necesidad de reconocer las historias locales y organizativas en donde se localizaban los trabajos educativos; en otros casos, transcurridos uno o dos lustros de dicho trabajo, empezaron a plantearnos apoyo en la reconstrucción crítica de la experiencia vivida, en su ‘sistematización’.



En aquel entonces nuestros saberes eran especialmente pedagógicos, aunque algunos habíamos estudiado ciencias sociales o historia; otros habían trabajado con Orlando Fals Borda en investigación participativa; desde la segunda mitad de la década habían empezado a producir materiales y propuestas de sistematización de experiencias; con esas herramientas comenzamos a trabajar; desde un comienzo teníamos claro que el propósito central de la reconstrucción histórica era más político y pedagógico que cognitivo; o más bien, que la preocupación por el conocimiento estaba subordinada a los otros dos.

Se trataba de involucrar a los propios protagonistas en la producción sistemática de conocimiento sobre su propia práctica o historia vivida; los trabajos de Fals Borda en torno a la investigación-acción participativa nos dieron inicialmente las coordenadas epistemológicas y metodológicas: superar las dicotomías teoría-práctica, sujeto-objeto, saber popular-conocimiento académico, pensamiento-sentimiento, etc.; además la noción misma de ‘recuperación histórica’ había sido sugerida por Orlando desde su acompañamiento en Colombia a luchas campesinas e indígenas por recuperar tierra y cultura; su propuesta metodológica también implicaba el uso de espacios colectivos para la definición de los temas ejes de la investigación, el uso de técnicas sencillas de recolección de información, algunas pautas para organizarla en torno a ‘datos columna’ y la devolución pedagógica de los resultados.

En cuanto a los saberes propiamente historiográficos contábamos con los aportes de autores como Chesneaux, Floresco y Galeano, quienes denunciaban el carácter ideológico, elitista y excluyente de la historia oficial; asimismo, compartíamos el deseo de hacer una historia popular, desde abajo. Mientras tanto, en el contexto universitario colombiano, desde comienzos de los 80 habían empezado a leerse, discutirse e influir entre historiadores sociales, la historia marxista inglesa; los trabajos de Hobsbawm, Thompson, Rudé y de otros historiadores como Pierre Vilar, Michel Vovelle, Jacques Le Goff, Roger Chartier y Peter Burke nos permitieron confirmar la sospecha frente a las historias heroicas, teleológicas y homogenizantes de los movimientos sociales; en particular Thompson, nos permitió reconocer los límites de las teorías estructuralistas y reproductivistas con respecto a la educación, la comunicación y la misma historia. A su vez, a complejizar nuestra lectura sobre el dinamismo histórico y la acción colectiva; las luchas sociales se constituyen no solo desde la conciencia de las condiciones materiales adversas, sino también desde

las coordenadas de la experiencia, la conciencia y la cultura; los actores populares se conforman en la mismas luchas y no preexisten a ellas; no son unidades homogéneas sino poblaciones plurales atravesadas por tensiones e incertidumbres; los espacios de lucha van más allá del lugar de trabajo y de las organizaciones e instituciones y están presentes en el hogar, en el barrio, en los espacios de diversión y consumo cultural, etc.

Algunas de estas aperturas conceptuales también empezaban a discutirse y a revelarse en estudios sobre comunicación (Martín-Barbero, García Canclini) y sobre culturas populares desde la historia y la antropología a los cuales teníamos acceso. Para nosotros fue una verdadera ruptura epistemológica ver la cultura no como un nueva temática a ser involucrada en la recuperación histórica, sino un lugar metodológico desde el cual leer el conjunto de las dinámicas sociales y nuestras mismas prácticas de producción de conocimiento<sup>3</sup>.

En fin, la tradición europea de la ‘historia desde abajo’ introdujo perspectivas teóricas y metodológicas para comprender lo popular en su densidad, pero la producción del conocimiento historiográfico seguía siendo patrimonio exclusivo de historiadores; éstos, por más que fueran simpatizantes o militantes de las luchas sociales, se reservaban el derecho a ‘representar’ a los subalternos; a pesar de ser críticos con respecto a la historiografía oficial, eran observadores ilustrados que hablaban de lo popular.

Por otra parte, en nuestro afán por reflexionar y mejorar nuestra propuesta de RCH, nos habíamos acercado a la literatura sobre la oralidad, la tradición oral y el uso de fuentes orales, proveniente de trabajos y discusiones entre historiadores, antropólogos y sociólogos que trabajaban con poblaciones populares, generalmente iletradas o que no tienen en la escritura un medio usual de plasmar su saber. Ello nos permitió reconocer la densidad y riqueza de la memoria colectiva y del saber popular; también los mecanismos que poseen los colectivos sociales para producir, transmitir y apropiarse de los saberes sobre el pasado, así como las singularidades del modo narrativo de construcción de sentido y realidad, predominantes en la oralidad.

De este modo, vemos cómo la recuperación colectiva de la historia como propuesta de producción de conocimiento histórico articulado (instituido e instituyente) a los procesos de lucha y organización social y encaminado a (re)conocer y potenciar la memoria colectiva popular, ha sido el resultado de la confluencia de diferentes prácticas y corrientes discipli-

narias críticas. Sin embargo, como propuesta abierta, vemos que la reflexión sobre sus raíces y presupuestos metodológicos, políticos y epistemológicos siguen abiertos al debate y construcción.

### 3. LA RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y SUS DISPOSITIVOS DE ACTIVACIÓN DE MEMORIA

*Mire, nosotros hemos construido todo esto que usted ve; las casas, las calles, el parque y la cantidad de cosas que se mueven en este barrio como el Consejo Comuna, el Comité de Mujeres y el jardín; ya es hora de que seamos nosotros mismos los que rehagamos esta historia para contársela a los nietos y a otros que quieran aprender de nuestros errores y aciertos.*

Testimonio de un memorialista barrial

Reconocidas las limitaciones de los intentos de ‘representar la historia de los subalternos desde la lógica histórica disciplinar’, en nuestra experiencia hemos buscado (re)crear otras modalidades de producción de saber histórico, que no solo se nutran de la memoria colectiva como ‘fuente’, sino que reconozcan en ella un ‘lugar’ conceptual y metodológico desde el cual interpretar las historias regionales y nacionales en su conjunto.

Desde la propuesta metodológica de ‘diálogo de saberes’, pero enriquecida por la incorporación de formas y prácticas de conservación y recreación de memoria, estas metodologías indisciplinadas han producido estrategias y dispositivos que, a la vez que activan la memoria popular visibilizando otras versiones del pasado, reactivan vínculos y solidaridades y recrean los sentidos presentes de las experiencias organizativas y movimientos. La descripción de los momentos y decisiones habituales en el proceso de RCH nos puede ayudar a ilustrar estas consideraciones.

El interés de una población, un grupo o una organización popular por hacer una RCH no surge espontáneamente ni puede fortalecerse; es en ciertos momentos de madurez o crisis organizativa, o en la confluencia de

un acontecimiento significativo, cuando la gente se decide a recuperar sistemáticamente su memoria. Por ello, van a ser los problemas, las preguntas del presente las que van a definir los temas del pasado a ser abordados.

Una vez definidas las razones y las problemáticas que van a articular la reconstrucción histórica, es necesario conformar un equipo responsable de la misma. Éste, debe contar con tiempo disponible y la organización debe garantizarle las condiciones y los recursos para llevarlo a cabo. Participación en investigación no significa que todos hagan de todo, sino que el colectivo sea quien tome las decisiones más importantes del proceso investigativo, así las acciones operativas no sean asumidas por todos. Por ejemplo: ¿Qué y por qué investigar?, ¿con quienes?, ¿cómo interpretar?, ¿cómo socializar los resultados?

En el mismo sentido, una garantía de la participación es la capacitación del equipo en lo referente a las competencias y habilidades investigativas básicas, así como sobre las temáticas y problemáticas que irán apareciendo a lo largo del proceso de RCH. Los talleres y la reflexión permanente sobre la práctica son los medios más comunes de formación, aunque se puede acudir a otros espacios y formas de actualización.

El equipo responsable, con base en los acuerdos del colectivo, generalmente elabora un plan de trabajo que servirá como guía para la acción, no como camisa de fuerza ni como rígido itinerario a seguir al pie de la letra. Allí debe precisarse la justificación, las preguntas objeto de la RCH, las fuentes y técnicas de recolección, así como los procedimientos de análisis, interpretación y socialización; también deben quedar claras las responsabilidades, los tiempos y los recursos para su realización.

Dado que ni las fuentes ni las técnicas para activarlas son neutrales, su definición debe ser coherente con la manera de comprender la memoria colectiva, con los objetivos del trabajo, las temáticas específicas y el tipo de población. Aquí es necesario puntualizar que la memoria social se encuentra no solo en los recuerdos de sus miembros, sino también en las huellas que el pasado deja en la estructura física del mismo barrio (sus calles, lugares, casas), en los muebles, objetos y pertenencias de la gente (utensilios, juguetes, ropa), en las fotografías y otros registros visuales, en materiales escritos (actas de las organizaciones, recortes de prensa, recibos y facturas...) y en algunas prácticas sociales que permanecen en el presente (fiestas, canciones, tradiciones orales, juegos).

Por ello, son múltiples las fuentes a las que tienen que acudir quienes vayan a hacer reconstrucciones históricas y son múltiples las posibilidades

de acceder a ellas; la recuperación colectiva de la memoria acude a diversos 'dispositivos' de activación de memoria, los cuales no solo sirvan para reconstruir el recuerdo, sino también para reconstruir los vínculos sociales y las identidades colectivas. Algunas de estas técnicas activadoras de memoria que hemos empleado son: las tertulias, los museos comunitarios, los paseos del recuerdo, las audiciones de música del ayer, los festivales y bazares de la memoria, las jornadas de expresión artística, entre otras.

En la medida en que la información se va recolectando, debe irse organizando y analizando según el modelo de análisis decidido al comienzo de la RCH y/o con base en las especificidades de la información obtenida. Categorizar, periodizar, tipologizar y otras operaciones analíticas, deben hacerse por medio de procedimientos sencillos como las matrices y los árboles conceptuales, procurando que, además del equipo responsable, se involucren otras personas del grupo.

Uno de los mayores problemas en una RCH es la interpretación, entendida como la atribución de sentido a la información hallada y dispuesta en el análisis. Se trata de proponer hipótesis que 'descubran' articulaciones, relaciones de causalidad, de inclusión, de influencia, de determinación o de posibilidad entre los aspectos confluyentes y componentes del objeto de la sistematización. Para una buena interpretación es necesario acudir, tanto a las interpretaciones que hace la gente desde su experiencia y sentido común, como a los aportes provenientes del conocimiento derivado de otros estudios, investigaciones y reflexiones hechas desde el mundo académico. Más aún, hay que crear puentes de comunicación, de confluencia, entre unas y otras hasta construir un marco interpretativo apropiado a la experiencia que se está reconstruyendo e interpretando.

Una vez hecha la interpretación y la síntesis correspondiente, es necesario decidir de qué manera van a socializarse, a comunicarse los resultados finales del trabajo. Como no se trata de un estudio hecho en un marco académico dirigido a académicos (aunque no se excluye esta posibilidad), es de vital importancia acordar la estrategia pedagógica de divulgación y discusión, de acuerdo a las particularidades de a quiénes va dirigido. Hemos empleado cartillas, videos, programas radiales, mapas, puestas en escena, etc.

Lo importante, en este caso, al igual que en todas las demás fases de la RCH, es no perder de vista el sentido cultural y práctico que la orienta: reactivar memoria para comprender mejor el presente y ganar capacidades (empoderamiento) para enfrentar colectivamente los retos y dificultades del futuro.

#### 4. UN BALANCE PROVISIONAL DE LOS ALCANCES DE LA PROPUESTA

*Si la historia no tiene nada que decir al presente, puede quedarse dormida sin molestar en el ropero donde guarda el sistema sus viejos disfraces. El sistema nos vacía la memoria o la llena de basura y así nos enseña a repetir la historia en lugar de hacerla.*

Eduardo Galeano

A partir de las reflexiones anteriormente expuestas y de un balance crítico de experiencias concretas de RCH en que hemos participado con pobladores barriales, organizaciones populares y movimientos campesinos, me permito compartir con ustedes el 'saldo' de algunos 'logros' y efectos de la propuesta:

- Ruptura de la relación observador-observado, sujeto-objeto de conocimiento propia de la historiografía; lo que ha posibilitado que no especialistas produzcan conocimiento histórico; más aún, ha permitido reconocer el carácter constructivo de la producción historiográfica: papel activo del observador; éste no es ajeno a la realidad que observa ni independiente de aquel.
- Ha confirmado la importancia de procesos de reflexión crítica desde y hacia los propios movimientos y organizaciones sociales. Ha potenciado la capacidad de análisis e interpretación de los propios procesos vividos, reconocer fisuras, tensiones, diversidad de miradas sobre procesos comunes, etc.
- Apropiación de estrategias metodológicas de reconstrucción y comprensión social; como proceso pedagógico, la RCH también ha permitido, más que obtener resultados de conocimiento, generar capacidades para producir conocimiento sistemático por parte de quienes se involucran en los procesos investigativos.
- A nivel social y cultural ha permitido que la gente reconozca o confirme la capacidad de los sectores populares para ser sujetos históricos; no solo en los términos retóricos generales de 'el pueblo hace su propia historia', sino en el reconocimiento de que desde todos los espacios de la vida colectiva (cotidianidad, organización, luchas, creación cultural) los subalternos construyen realidad

social, historia.

- Contribución a procesos de construcción de identidad colectiva y de vínculos solidarios. Uno de los efectos más visibles de las experiencias de RCH es que quienes participan directa o indirectamente, afirman sus sentidos de pertenencia social, cultural y organizativo; la RCH, al igual que la sistematización, producen un espejo en el cual se reconocen y construyen las identidades e identificaciones de las diferentes categorías de sujetos presentes en los contextos donde se realiza la RCH.
- Reconocer complejidad de la acción colectiva, de las organizaciones y luchas populares. Un aporte clave de las reconstrucciones colectivas de procesos de organización y lucha social es reconocerlos como construcciones sociales plurales no unitarias; como procesos intersubjetivos que a la vez que se constituyen en la interacción con los contextos sociales en que se dan, también contribuyen a constituirlos.
- Finalmente, la RCH al igual que otras modalidades participativas y críticas de construcción de conocimiento buscan afectar –y en efecto lo hacen– las propias prácticas estudiadas. Desde la organización de archivos, pasando por la generación de cambios en los procesos, procedimientos y relaciones dentro de las organizaciones, hasta cambios profundos en los modos de entenderlas y la introducción de transformaciones en la dinámica de los movimientos.

## NOTAS

- 1 Bajo esta denominación se agrupa la producción historiográfica profesional influida por la Escuela de los Annales, el materialismo histórico y la *New Economic History* norteamericana.
- 2 Esta expresión la introdujo Fals Borda en un contexto de luchas campesinas e indígenas que planteaban ‘recuperar’ la tierra y la cultura.
- 3 Dado que las críticas a la IAP provenían principalmente de la sociología e historia positivistas, aquella no se planteó en ese entonces esta autocrítica desde lo cultural y, podemos decir, compartía algunos presupuestos epistemológicos positivistas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict. 1997. *Comunidades imaginarias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Achugar, Hugo. "Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y el conocimiento". Fotocopiado. s.d.e.
- Cendales, Lola, Mario Persson y Alfonso Torres. 1990 y 1992. *Los otros también cuentan. Elementos para una recuperación colectiva de la historia*. Bogotá: Dimensión Educativa.
- Colectivo de Dimensión Educativa. 1991. *Aportes # 30: Materiales para una historia popular*. Bogotá: Dimensión Educativa.
- Fontana, Josep. 1982. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Grijalbo.
- De Certeau, Michel. 1993. *La escritura de la historia*. México D.F.: UIA.
- Gimenez, Gilberto. 1997. "Materiales para una teoría de las identidades sociales". *Revista Frontera Norte* (México), 9: 18.
- Gnecco, Carlos y Martha Zambrano. 2000. *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. Bogotá: ICANH.
- Pereyra, Carlos y otros. 1980. *Historia. ¿Para qué?* México D.F.: Siglo XXI.
- Rivera, Silvia y Rossana Barragán, comp. 1997. *Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. La Paz: Saphis - Thoa.
- Samuel, Raphael. 1984. *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Grijalbo.
- Sharpe, Jim. 1994. "Historia desde abajo". *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Torres, Alfonso. 1993. *Iniciación a la investigación histórica*. Bogotá: Usta.
- \_\_\_\_\_. 1994. "Recuperando la historia desde abajo. Enfoque y cuestiones metodológicas". *Cuadernos de filosofía latinoamericana* # 60. Bogotá: USTA.
- Wallerstein, Immanuel, coord. 1996. *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI / UNAM.
- Zermeño, Guillermo. 1999. "Condición de subalternidad, condición postmoderna y saber histórico: 'Hacia una nueva forma de escritura de la historia?'" *Historia y grafía* (México), 12.